

Después de algunas escaramuzas insignificantes en las fronteras, ocurrió por mar un acontecimiento trascendental. Catalina había puesto especial atención en armar la escuadra de galeras, nombrando para mandarla al príncipe de Nassau-Siegen, que en 1788 había combatido con fortuna en la embocadura del Dnieper. Después de una batalla indecisa, que el cuerpo principal de la escuadra, conducido por Chichagoff, libró en 14, 25, de julio contra la sueca entre Bornholm y las costas de Suecia, el príncipe de Nassau-Siegen consiguió en 13, 24, de agosto, en el estrecho de Swensk ó Rotschensalin, una importante victoria sobre los suecos. Catalina comparó esta batalla con la de Chesme, y escribió acerca de ella á Grimm y á Zimmermann, enviando las cartas por el correo para que fuesen abiertas y leídas (1).

Cuando Gustavo mandó insertar en el «Diario de Hamburgo» una relación de la batalla que no se conformaba con la realidad de los hechos, Catalina publicó un folleto que aunque redactado por ella llevaba el nombre del príncipe de Nassau, y en el cual se refutaban las afirmaciones contenidas en aquel artículo. «Su Majestad Gustaviana, decía en son de burla Catalina en una carta á su nuera, ha huido esta vez como un perro arrojado de la cocina (2); añadiendo que esperaba que pronto se resolvería á firmar la paz (3).

La campaña de 1789 terminó sin otra victoria. Catalina estaba muy descontenta de la inacción de Mussin-Puschkin, el general en jefe del ejército de tierra, que no operaba con la debida energía. Para poder firmar la paz, era preciso conseguir nuevos triunfos, y la paz parecía absolutamente necesaria, porque Rusia se encontraba cansada y aislada. Turquía confiaba en el auxilio de Suecia; Prusia deseaba humillar á Rusia; Inglaterra protegía al sultán; Polonia quería aprovecharse de las dificultades con que luchaba Rusia y estaba dispuesta á hacer causa común con Prusia y Suecia contra el vecino preponderante en Oriente; Austria estaba atareada con los desórdenes de los Países Bajos y ni antes ni después había podido conseguir éxito alguno en la guerra turca; Dinamarca no se encontraba en condiciones de presentarse como aliada de Rusia; y así Besborodko, en muchas cartas dirigidas á sus amigos, se quejaba de la difícil situación en que se veía el imperio, de la falta de administración y de la carencia de recursos.

Inglaterra y Prusia, al decir del embajador francés Segur, contemplaban con cierta satisfacción la continuación de la guerra; y aun cuando tenían palabras hermosas para la paz y llegaban hasta ofrecer su mediación, procuraban mantener la tirantez en todas partes (4). Catalina sabía la conducta que observaban ambas potencias y se mantenía sobre aviso (5). Algunas de sus cartas á Potemkin demuestran el disgusto que sentía; así, por ejemplo, observaba en 18 de octubre de 1789: «Los imperiales pueden ser lo que quieran, pero ellos no nos darán tan malos ratos como nos ha dado la Prusia: esto es lo más triste que darse pueda: nosotros siempre nos hemos mostrado amigos de los prusianos, pero ¿cómo hemos de sufrir por más tiempo sus groserías?» En una Memoria que por aquella época escribió la emperatriz, decía: «Ruego á Dios que el prusiano se vea castigado por su arrogancia: en 1762, devolví á su tío la Prusia y una parte de la Pomerania, lo cual no olvidaré nunca, como tampoco que Federico Guillermo obligó á nuestros amigos á permanecer inactivos, firmó alianzas con nuestros enemigos,

(1) Chrapowitsky, 17 de agosto de 1789.

(2) *Russkaja Starina*, VIII, 879.

(3) *Russkaja Starina*, XVI, 402.

(4) Segur, *Memorias*, III, 426.

(5) Observaciones de Segur á la Memoria de Altestis. *Memorias*, III, 430.

dió dinero á Suecia, y nos importunó con sus altaneras cartas. ¡Pero ya llegará nuestra vez (6)!»

El ataque de Prusia á las provincias orientales, que entonces se temía, podía tener para Rusia las más funestas consecuencias. «Al presente, decía Catalina en 24 de diciembre de 1789, nos encontramos en una crisis, cuya solución ha de ser ó la paz ó una triple guerra.» Y al día siguiente añadía: «Ahora la situación es crítica: los prusianos ponen obstáculos á la paz y quieren declararnos la guerra á mí y al emperador: todos los Estados se encuentran poseídos de gran excitación: solo España está tranquila, etc. (7).»

Cuando Prusia preguntó, á principios de 1790, al gobierno ruso bajo qué condiciones quería firmar la paz, contestósele que eran las siguientes: que la Puerta y Suecia declarasen haber promovido la guerra sin fundamento bastante; que se tratase de la cuestión turca independientemente de la sueca, y que se restableciese en Suecia la Constitución que había regido hasta 1772, etc. (8). No es, pues, de extrañar que Gustavo III declarara que no podía soltar las armas de la mano, pues había emprendido la guerra para asegurar los resultados del golpe de Estado de 1772, y se mantenía firme en su propósito.

La actitud de Prusia seguía siendo amenazadora. En 13 de mayo de 1790 escribía Catalina á Potemkin: «Me atormenta de un modo indecible la idea de que en Riga no hay tropas bastantes para proteger la Livonia contra un ataque de Prusia y de Polonia, ataque que puede esperarse de un momento á otro. Solo un milagro puede conducir esto á feliz término. Los suecos y los turcos solo prosiguen la guerra por dar gusto á nuestro enemigo secreto, el nuevo dictador europeo, que quiere tomar y dar provincias á su antojo, que ha prometido, según sospecho, la Livonia á Suecia, y que estoy segura pretende ceder la Galitzia á Polonia, etc. (9).»

Rusia hubo, pues, de aprestarse para una tercera campaña contra Suecia, campaña que exigía los mayores esfuerzos y sacrificios (10).

La de 1790 comenzó por una victoria de los suecos, los cuales en 6, 17, de marzo, ocuparon por algunas horas á Baltisportes. Esta noticia produjo gran sensación en San Petersburgo, pero el hecho no tuvo trascendencia alguna (11). En Finlandia, tampoco lucharon los rusos con fortuna, antes bien fueron derrotados en dos combates. Catalina estaba en extremo afligida: citando una frase de Plutarco, con cuya lectura se entretenía á menudo, decía: *esto fortifica mi alma* (12). Sin embargo los suecos no pudieron jactarse de haber conseguido importantes triunfos en la guerra por tierra: su plan consistía en dar un rodeo para evitar las fortalezas de Frederikshamn, Wiborg, Willmanstrand y Nyslott, aproximarse é invadir la capital rusa.

En San Petersburgo reinaba gran intranquilidad: en la ciudad habían circulado rumores de que los suecos hacían grandes aprestos marítimos; y en 3 de mayo de 1790 escribía el secretario de la emperatriz: «La escuadra sueca de Orlog, compuesta de 26 buques, se acerca á la escuadra rusa que está anclada en la rada de Reval, y que se compone de 10 embarcaciones mandadas por Chichagoff. Gran

(6) Ssolowieff, *Ruina de Polonia*, (ruso), pág. 200.

(7) Chrapowitsky.

(8) Herrmann, VI, 270.

(9) Ssolowieff, *Ruina de Polonia*, (ruso) 200-201.

(10) Véase mi trabajo *La guerra ruso-sueca*, pág. 224.

(11) Véase mi trabajo, pág. 229. Bienemann en su *Datos para la historia de la guerra ruso-sueca de 1788-1790*, inserto en la *Revista rusa* V, 49-90, refiere algunas curiosas noticias acerca de este episodio, página 74.

(12) Chrapowitsky, 27 de Abril de 1790.

intranquilidad; apenas se duerme de noche (1). El conde Besborodko está afligidísimo.»

Al día siguiente, sin embargo, se tuvo noticia de la victoria naval conseguida por Chichagoff en Reval. Catalina se mostró muy alegre y en una carta que dirigió á Pablo y á María calificó el suceso de «portentoso milagro realizado por Dios (2).»

Sin embargo la capital seguía amenazada del mismo peligro. La escuadra sueca se acercaba al puerto de Cronstadt, y al estallar una explosión de material de guerra en un almacén de un arrabal de San Petersburgo, el pueblo creyó que los suecos estaban ya en la capital (3). En 23-24 de mayo, oyéronse desde allí los cañonazos del combate naval de Seskar. La ansiedad que reinaba era indescriptible; recibíanse las más contradictorias noticias respecto del curso y del resultado de la batalla; pero la reunión de las dos escuadras rusas de Kruse y Chichagoff hizo desaparecer todo el peligro. Los buques suecos retrocedieron hasta la bahía de Wiborg, donde fueron bloqueados por la escuadra rusa que tomó posiciones á la entrada de la bahía. Catalina seguía con gran atención todos los movimientos de sus escuadras; Nassau-Siegen, con la de galeras, se juntó con las de Kruse y Chichagoff y entre todos pusieron á los suecos en situación desesperada, pues se encontraban de tal manera envueltos por los rusos, que Catalina envió un barco con viveres para el rey, y Nassau-Siegen brindó á éste con una capitulación. Costara, lo que costase, Gustavo decidió salir de la bahía con sus buques, y en efecto toda la escuadra sueca rompió y atravesó la línea de embarcaciones rusas, aunque no sin sufrir pérdidas de gran consideración. Aquella maniobra equivalió á un gran triunfo para los rusos, pues millares de suecos cayeron prisioneros, y Gustavo perdió además 7 navíos de línea, 2 fragatas y un gran número de pequeños trasportes.

Dura era la derrota sufrida por Gustavo III. La noticia del suceso causó profunda impresión en Londres, donde inmediatamente se celebró un consejo de ministros; en Estokolmo, deliberaron los individuos del cuerpo diplomático y el embajador inglés, Roberto Liston, se ofreció á ir como negociador á San Petersburgo (4), llegando á hablarse de trasladar á otra ciudad la residencia del Banco de Estokolmo, y de alejar de la capital sueca todas las preciosidades que en ella se guardaban (5).

La escuadra sueca se había retirado al estrecho de Swen, donde era de esperar que se libraria una nueva batalla. Del resultado de la lucha dependían no solo las relaciones entre Rusia y Suecia, sino también la situación de Gustavo en su propio reino. Una segunda derrota habría significado la caída del rey ó, por lo menos, la anulación de las consecuencias del golpe de Estado de 1772.

Nassau-Siegen esperaba acabar, en 28 de junio de 1790 (aniversario del advenimiento de Catalina al trono, con los suecos en el mismo sitio en que los había vencido en 13, 24, de agosto de 1789. Sin embargo, sufrió una terrible derrota, en la cual á su vez los rusos contaron sus pérdidas por millares.

Catalina tuvo que hacer grandes esfuerzos para no perder la serenidad, y escribió á Besborodko diciéndole que era preciso tomar ejemplo de Federico el Grande, el cual en

(1) Es decir, que la emperatriz no había podido dormir.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XV, 167.

(3) Carta de Garnowsky á Potemkin en la *Russkaja Starina*, XVI, 431.

(4) Kolotoff, *Historia de Catalina* (ruso), IV, 54.

(5) Posselt, *Gustavo III*, pág. 461.

tales situaciones levantaba muy alta la cabeza. Nassau pidió su retiro y devolvió todas sus condecoraciones á la emperatriz, pero esta le consoló escribiéndole una afectuosísima carta (6). Sus palabras recuerdan las que Felipe II dirigió al duque de Medina Sidonia, después de la destrucción de la grande armada. Recordóle también Catalina que Pedro I había sufrido por espacio de nueve años las desdichas de una suerte adversa antes de ver la batalla de Poltawa. Sus cartas á Alejo Orloff y á Colizyn muestran gran perseverancia; pero en cambio, en una dirigida á Potemkin dice que desde el desastre de la escuadra del mar Negro, ocurrido en otoño de 1787, nada la había afligido tanto como la derrota sufrida en 28 de junio en el estrecho de Swen (7).

Ya era la ocasión de pensar en la paz; los planes de conquista de Gustavo se habían frustrado; de tal suerte, que repetidas veces había manifestado, durante la guerra, el deseo de derrotar á los rusos solo para tener ocasión de firmar la paz. La ocasión se presentaba, y además, el rey de Suecia no podía hacer depender su porvenir de una tercera gran batalla naval. Las esperanzas fundadas en los subsidios turcos habían resultado vanas: Prusia estaba en negociaciones con Leopoldo II, y los desórdenes de Polonia demostraban que no podía esperarse gran cosa de un aliado semejante. Todos los partidos de Suecia deseaban la paz.

También hubo de pensar en ella Catalina: la actitud de Prusia y de Inglaterra seguía siendo amenazadora; la cuestión de Polonia exigía su atención; y el cambio ocurrido en Austria no dejaba esperanza alguna por este lado.

El embajador español en San Petersburgo, Galvez, sirvió de mediador para las primeras negociaciones de paz. De parte de Rusia se envió á Gelström, á la frontera sueca de Finlandia (8). Las negociaciones duraron cuatro semanas. Rusia no consintió en desprenderse de una sola aldea del territorio ruso, ni en que en el tratado de paz que se firmara se mencionase para nada la Turquía. Solo verbalmente expresaron ambas partes el deseo y la esperanza de que pronto se firmara también la paz entre Turquía y Rusia.

En cierto sentido la paz de Werela (3, 14, de agosto), á pesar de que no alteró la cuestión de territorios, no fué ajustada según los verdaderos principios del *statu quo ante bellum*, porque Rusia renunció á la garantía de la Constitución sueca, tal como se hallaba establecida antes de 1772, y en el tratado no se hizo mención de los convenios que respecto de este punto se habían firmado anteriormente. Gustavo III había, pues, conseguido el principal objeto que se había propuesto al emprender la guerra, que era emanciparse de la tutela que quería ejercer Rusia en los asuntos interiores de Suecia (9).

La noticia de la paz de Werela no fué muy bien acogida en Berlin y en Londres. En Constantinopla, después de firmada la paz, el embajador sueco se encontró en una situación por demás difícil; y la emperatriz estaba tan contenta por haber llegado á un acuerdo directamente con su enemigo, sin intervención de ningún otro gobierno, que dijo hablando de Inglaterra y de Prusia, «se la hemos jugado bien.» «Hemos conseguido sacar un pié del charco, escribía á Potemkin; si logramos sacar el otro, podremos entonar el Aleluya.» Potemkin contestó que dormía tranquilo, desde que sabía que se había restablecido la paz. La emperatriz,

(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 210-211.

(7) Ssolowieff, *Ruina de Polonia* (ruso), pág. 202.

(8) Véase la carta de Catalina á Igelström en las *Cartas y papeles de la emperatriz Catalina*, publicadas por Bytschkow, pág. 84-86.

(9) Véanse los detalles en mi trabajo sobre la guerra ruso-sueca, pág. 273.

refiriéndose á esto, escribió: «Y yo te diré lo que me sucede: desde el año 1784, todos los vestidos me estaban anchos, y de tres semanas á esta parte, desde que he recibido la noticia de la paz, me están estrechos y me encuentro mucho mejor (1).»

Un cambio radical ocurrió también en las relaciones entre Gustavo y Catalina: en una carta dirigida á esta, el rey de Suecia solicitó que le devolviese su amistad, sobre lo cual observó Catalina: «nunca se la tuve, *je n'en avais jamais*.» Gustavo manifestaba además la esperanza de que la emperatriz olvidaría la guerra como una «tempestad pasada.» Catalina le dirigió una ligera reconvencción por haber dado oídos á las instigaciones de sus enemigos, y dió al embajador ruso que fué á Estokolmo la orden de «tener siempre abiertos los ojos y los oídos, sin mezclarse en nada», es decir, de seguir una conducta distinta de la hasta entonces observada por los demás diplomáticos rusos. La emperatriz no podía tratar ya á Suecia, como creía aun poder tratar á Polonia, ni pensó en hacer demostración alguna contra Gustavo III. La lucha contra la revolución francesa unió á los dos enemigos durante el corto espacio de tiempo que vivió aun Gustavo. Algunos años despues, en tiempo del nieto de Catalina, estalló entre ambas potencias una nueva lucha por la posesión de la Finlandia, lucha que terminó de un modo favorable para Rusia.

Guerra turca hasta la paz de Jassy.

Halagada por las más lisonjeras esperanzas había hecho Catalina sus preparativos para la guerra turca; pero las campañas de 1787 y de 1788 vinieron á menguar su optimismo; y el mal éxito de las armas austriacas y la lentitud con que llevaba á cabo Potemkin sus operaciones, demostraron que la realización del proyecto de crear un imperio griego tropezaba con grandes dificultades. Cuando, á fines de 1788, fué ocupada la fortaleza de Otschakoff, aviváronse de nuevo las esperanzas; algunas observaciones que entonces hizo Catalina prueban que se mantenía firme en su idea. Unas veces hacía notar en sus conversaciones con su secretario particular, la necesidad de formar con la Moldavia y la Valaquia un principado de Dacia y otras manifestaba la esperanza de tomar á Constantinopla (2). En 7 de junio de 1788, decía: «Francia, sin hallarse del todo iniciada en nuestros planes, está dispuesta á entrar en ellos, si se los explicamos por completo; pero no es tiempo todavía; quédense los turcos donde quiera, los griegos formarán una monarquía para Constantino Paulowitz. ¿Qué puede temer Europa de esto? Es mucho mejor tener por vecino un imperio cristiano que uno bárbaro. El comercio de Constantinopla florecerá.»

Mal se aviene con tan violentos planes el hecho de que Gustavo III exigiera, como exigió entonces, en su *ultimatum*, la devolución de la Crimea y el restablecimiento de las fronteras existentes en 1768. Pero despues de la toma de Otschakoff, Catalina decía estar convencida de que Potemkin en todo el año de 1789, haría su entrada en Constantinopla y añadía: «¡Que esto no pueda verificarse desde luego!» La emperatriz creía que no podría resistir al placer que tal noticia iba á causarle. A fines de enero de 1789, habló de la posibilidad de una repartición de Turquía, de cuyo imperio alcanzarían alguna parte Inglaterra, Francia y España, y el resto formaría un lote suficiente para el gran duque Constantino, como «hijo menor de la familia.» Creía que Rusia y el imperio griego vivirían en relaciones análogas á las

(1) Ssolowieff, *Ruina de Polonia* (ruso), pág. 202-203.
(2) Chrapowitsky, 21 y 24 de Abril de 1788.

que el pacto de familia había establecido entre los Borbones de Francia y los de España. Cuando en abril de 1789, las potencias felicitaron á Catalina por el natalicio de Constantino, dijo la emperatriz: «Es el hijo menor de la familia; es preciso que busque fortuna,» y añadió que él haría su felicidad. En octubre de 1789, decía, hablando de los griegos: «Aun se puede reanimarlos; Constantino es un buen jóven, que á los treinta años podrá ir de Sebastopol á Constantinopla: por ahora, esto es algo difícil y sería preciso que gastáramos todas nuestras fuerzas en ello; pero mas adelante la tarea será mas fácil (3).» No cesaba ni un momento la Rusia de estar en relaciones con los griegos, y hasta en Malta había agentes rusos. El gran maestre recibió, como presente, un retrato de la emperatriz, de cuerpo entero, en el cual se veía un arco iris cuyos extremos descansaban en Crimea y en Malta (4).

De las derrotas ó de las victorias de las armas rusas debía pues depender que el nieto de Catalina «pudiese hacer su felicidad» desde luego, ó á los treinta años, ó nunca. La emperatriz estaba muy disgustada de ver que las armas austriacas no conseguían victoria alguna. La desconfianza que entre los jefes y los ejércitos de uno y otro Estado reinaba hacia que no pudiese esperarse una acción combinada enérgica por parte de ambas naciones contra la Puerta. Rumjanzoff y el duque de Coburgo se apoderaron en setiembre de 1788, de Choczym, pero las condiciones en que se tomó esta fortaleza no fueron muy honrosas para los vencedores, los cuales no sacaron de este triunfo partido alguno. Las operaciones prosiguieron con gran lentitud, y el príncipe de Ligne se quejó muchas veces amargamente de la inacción de Rumjanzoff.

A pesar de todo, á fines de 1788, los rusos dieron un gran paso hácia adelante con la toma de Otschakoff. Turquía se veía seriamente amenazada y todo el mundo se preguntaba hasta dónde llegarían los esfuerzos de Prusia y de Inglaterra para evitar á la Puerta una catástrofe. Francia no se mostraba muy dispuesta á abandonar á la Turquía; la cuestión era sin embargo de solución difícil; tratábase de procurar la salvación de Turquía, sin por eso arrebatar á Rusia toda la recompensa de sus triunfos; y caso de que esto no pudiera conseguirse, pensábase en utilizar la guerra para una gran acción contra Austria y Rusia. Tal era la idea de la Prusia, y sobre ella se entablaron negociaciones diplomáticas formales que amenazaban producir una guerra general. Rusia jugaba una partida empeñada y así lo comprendía Catalina. El gabinete ruso necesitaba usar de gran habilidad para conservar, en aquel tiempo, una actitud enérgica respecto de los Estados vecinos y formular un programa concreto.

Preciso era sostener la agitación entre los polacos que eran instrumento de la política de Hergberg: aun cuando se pensaba en una futura desmembración de Polonia, era necesario por lo menos, entre tanto, mostrarse favorable y condescendiente con los polacos; era menester además luchar, durante algun tiempo, contra Suecia y proteger las fronteras del imperio, ante la contingencia de una invasión prusiana, y al mismo tiempo faltaban aliados. Era imposible la alianza con Francia, la cual apenas podía hacer frente á la catástrofe que la amenazaba. En la primavera de 1789, en vista de la actitud hostil de Prusia y de Inglaterra, se pensó en llegar á un acuerdo honroso con la Puerta por mediación de Francia; pero la crisis interior que en esta nación vino á estallar imposibilitó toda su acción diplomática en el exterior. Los enemigos de Francia supieron, además, suscitar en el ánimo

(3) Chrapowitsky.
(4) Kolotoff, IV, 33.

de la emperatriz cierta desconfianza hácia el gabinete francés, viéndose Segur apuradísimo para contrarestar aquellas intrigas.

La mediación de Prusia en la cuestión turca fué decididamente rechazada por la emperatriz. Cuando Hergberg procuró hacer comprender al embajador ruso en Berlin, Nesselrode, que muchos de los deseos de la emperatriz podían verse colmados con el apoyo de Prusia, dijo Catalina, noticiosa de ello: «El rey de Prusia se considera administrador de Dios en la tierra y cree poder disponer del universo: la arrogancia de esa gente excede de toda medida (1).» Contra los deseos de Potemkin que aconsejaba fuese condescendiente con la Prusia, la emperatriz opinó por mantener la alianza con José II, sintiéndose inclinada á hacer concesiones antes á los turcos que á los prusianos (2).

La campaña de 1789 fué favorable á los rusos, los cuales mandados por Derfelden vencieron, en abril, en Maximeni, junto al Pruth, y se apoderaron de Galatz. Los turcos quisieron reconquistar á Otschakoff, y así las provincias situadas al Norte del Danubio continuaron siendo el principal teatro de la guerra. La comarca que se extiende entre el Pruth y el Sereth estaba dominada, desde Berlad, por Ssuworoff, que tenía el mando de la tercera división del ejército de Ucrania, y que reunido con el príncipe de Coburgo, logró, en 21 de julio (1.º de agosto) derrotar por completo á los turcos. La emperatriz creyó gran ventaja que en esta victoria hubieran tomado parte los rusos y los austriacos reunidos, pues con esto se ponía término á los rumores de que reinaba cierta frialdad entre ambas potencias. Catalina lloró de alegría al tener noticia del triunfo conseguido (3). En setiembre ganóse la batalla de Martineschi, junto á Rymnick, afluente del Sereth, y en seguida tuvieron efecto la ocupación de Belgrado, por los austriacos, y la de Bender y Akkermann por Potemkin y Anhalt. Reppin, despues de una victoria en Isaktschi, puso sitio á Ismaila; y el pequeño fuerte de Hadschibei, en cuyo emplazamiento se levantó, dos años despues, la ciudad de Odessa, cayó en poder de los rusos. Potemkin se dirigió entonces á Jassy, para tratar de las negociaciones de paz. Los austriacos consiguieron también importantes victorias, ocupando á Semendria, Passarowitz y otros puntos. Catalina estaba contentísima y manifestó especial alegría por la toma de Bender, por la razón de que era Potemkin quien había conseguido aquel triunfo (4). Entonces el embajador ruso en Constantinopla Bulgakoff fué puesto en libertad y salió á encontrarse con Potemkin para formular con él las condiciones bajo las cuales debía llegarse á un acuerdo. Los turcos deseaban firmar un armisticio, pero á las insinuaciones que sobre el particular hicieron contestaron los rusos: «ó la paz definitiva ó la guerra.»

La Puerta se veía cada día mas amenazada en sus propias fronteras, y temerosa de que el teatro de la guerra fuese el centro de Turquía. Todo dependía de si las fortalezas turcas del Danubio podrían ó no detener á los rusos en su marcha victoriosa.

En estas circunstancias llegó el año 1790, durante el cual prosiguió con la misma lentitud la dirección guerrera de los rusos y de los austriacos. En este año no hubo grandes batallas por tierra como las que en 1789 se habían dado en Fokschani y Rymnik; en cambio, por mar, trabáronse duran-

(1) Ssolowieff, *Ruina de Polonia* (ruso), pág. 196.
(2) Acerca de la política de Prusia en Oriente y en Polonia y acerca de sus relaciones con Austria y Rusia, véase especialmente á Herrmann, VI, 278.
(3) Garnowsky, en la *Russkaja Starina*, XVI, 410.
(4) *Russkaja Starina*, XVII, 211-216.

te el verano algunos combates entre las escuadras turca y rusa, combates que siempre fueron favorables á esta última. Sin embargo, en las orillas del Danubio, donde maniobró á últimos de año el ejército de tierra, ocurrió un suceso decisivo que tuvo tanta trascendencia como la conquista de Otschakoff; tal fué la toma de la fortaleza de Ismaila, tenida por inexpugnable, toma que siguió á la de otras fortalezas de menos importancia (5). Las pérdidas fueron incalculables: Catalina, que deseaba ardientemente la paz, vió en la toma de Ismaila un medio para conseguirla. En una carta á Potemkin, decía que no había en la historia un hecho que con aquel pudiese ser comparado y manifestaba la esperanza de que los turcos acabarían por entrar en razón y por firmar la paz. Cuanto mas importantes eran las victorias que los rusos conseguían en el Danubio, tanto mas segura parecía la conservación de Otschakoff y sus alrededores en poder de Rusia, la cual por el momento renunciaba á ulteriores conquistas.

Existía en Constantinopla una tradición, según la cual la ciudad sería tomada por pueblos procedentes del Norte. Las tropas rusas se aproximaban cada día mas á la capital; y como los turcos se veían por ellas acosados desde Otschakoff á Ismaila, no era exagerado el temor de que penetraran en el corazón del imperio otomano. En la capital turca reinaba gran espanto; habíase prohibido hablar de las victorias de los rusos, y se temía que á cada momento estallara una sublevación. Cuando se esparció el rumor de que Ismaila había caído en poder de los rusos, la excitación llegó á su mas alto grado, y se habló de fortificar debidamente la capital y de hacer una leva general. Los turcos confiaron entonces mas que nunca en el auxilio de Prusia y de Inglaterra.

La situación política general habíase modificado esencialmente con la muerte de José II ocurrida en 9, 20, de febrero de 1790. Toda su familia atribuía las desdichas que la monarquía austriaca había sufrido en los últimos tiempos á la alianza con la ambiciosa soberana del Norte. José se mantuvo siempre fiel á Catalina, la cual había procurado consolarle siempre, ya cuando el levantamiento de los Países Bajos, ya con motivo del peligro que de la parte de Prusia le amenazaba, ya con ocasión de la enfermedad mortal que padecía. José contestó á Catalina diciéndole que la impresión que le había producido su carta cuando esperaba por momentos la muerte, no era para escrita, y rogándole que continuara dispensando á Leopoldo la misma amistad que á él había dispensado, pues este sería para él un consuelo en la horrible situación en que se veía. «Ya no veré mas, decía José en esta última carta á la emperatriz, las cartas de V. M. que tan feliz me han hecho; siento todo el dolor que causa el pensar que esta es la última vez que puedo manifestar á V. M. mi amistad y mi respeto (6).»

Catalina perdió en José un precioso amigo y aliado, pérdida que la afligió en extremo, y durante algun tiempo no pudo recibir al embajador austriaco, según decía en una carta á Grimm, porque «los dos nos echábamos á llorar. Yo le quería con una amistad verdaderamente sincera y él me quería á mí del mismo modo;» y mas adelante añadía que en Austria no habían sabido apreciar debidamente al emperador: «Han tenido una águila y no lo han conocido (7).»

Durante la guerra turca se había renovado por ocho años la alianza firmada entre Austria y Rusia en 1781. Todavía

(5) Véase mi trabajo, *La toma de Ismaila*, en la *Revista mensual báltica*. Nueva serie, II, 556-585.
(6) Arneth, 389.
(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 483, 484, 608.